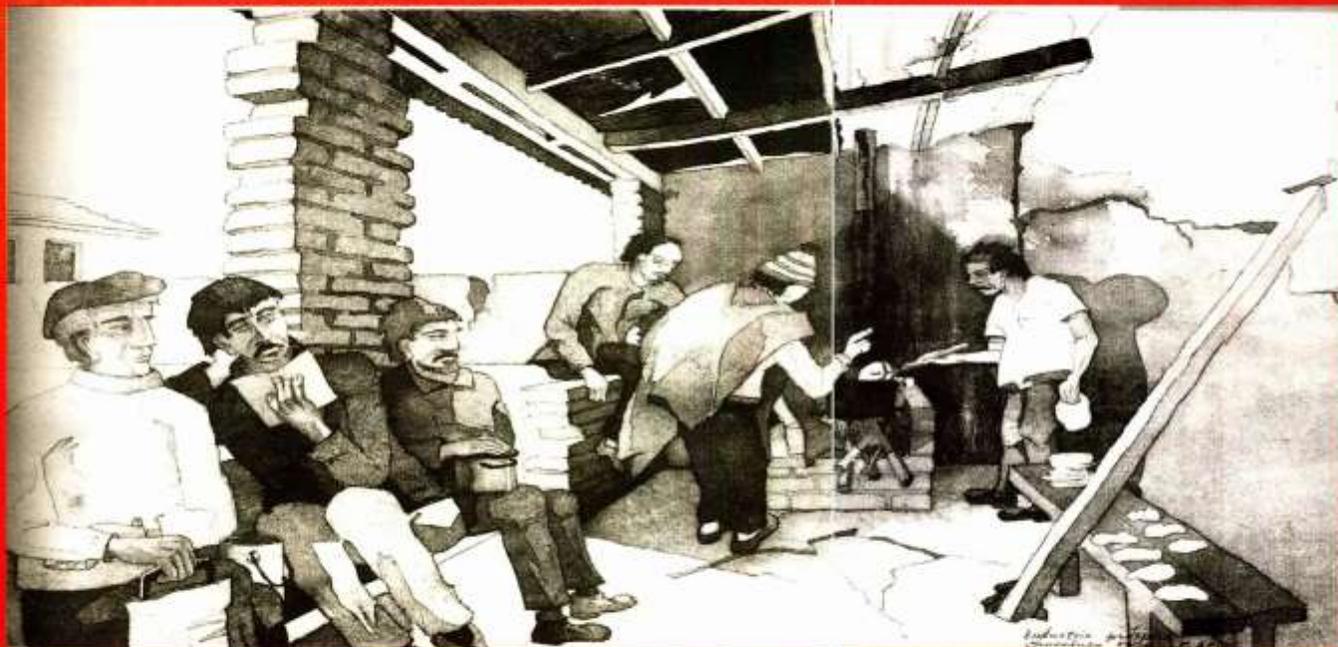


Medio	Revista Punto Final
Fecha	20-12-2013
Mención	Regreso a Chacabuco. Mención a la UAH.

Crónica de un ex prisionero político

Regreso a Chacabuco



Luego de un descanso reponedor, tras el maratónico viaje a Chacabuco, intento ordenar mis pensamientos y aplacar mis emociones. Cuesta resumir todo lo que viví durante esos dos días -23 y 24 de noviembre de 2013- junto con decenas de ex prisioneros políticos que regresamos, pero esta vez de visita y acompañados de familiares, al antiguo campo de concentración en el desierto de Atacama. El propósito era conmemorar el 40º aniversario de la apertura de esta enorme ciudadela-prisión en que cerca de mil hombres escribieron un apasionante testimonio de valor y dignidad.

A comienzos del siglo pasado, Chacabuco fue una oficina salitrera. El 26 de julio de 1971 el gobierno del presidente Salvador Allende la declaró Monumento Nacional. Pero en noviembre de 1973 se convirtió en un campo de concentración para casi mil chilenos que, en los hechos, eran rehenes de la dictadura militar. Muchos fueron trasladados desde el Estadio Nacional a Valparaíso para embarcarlos en las bodegas del barco salitrero *Andalúen*. Un viaje de incierto destino en el oscuro vientre de la nave. Fueron casi tres días hasta Antofagasta. Desde allí los llevaron en un tren de trocha angosta hasta Baquedano y en ese lugar, apuntados por fusiles, los hicieron abordar camiones militares que los llevaron a Chacabuco. En una cancha de fútbol y desnudos -bajo observación de ametralladoras pesadas-, fueron revisadas las pocas pertenencias que traían. Les notificaron que los conatos de fuga serían castigados con fusilamiento, lo mismo cualquier intento de suicidio. Esas y otras sanciones estaban pautadas en un reglamento de "prisioneros de guerra" de 1879, que un oficial leyó con voz de trueno. Terminada esta elocuente recepción, se permitió a los prisioneros que tomaran posesión de las casas acondicionadas para recibirlos. Sacos vacíos de café brasileño servían de puertas y ventanas. En los dormitorios los esperaban camarotes de madera de dos y tres pisos con colchoneta y una frazada. Así comenzó nuestra nueva vida.

Como muchos que estuvimos en calidad de "prisioneros de guerra" en este campo de concentración a unos 100 kms. de Antofagasta, no había regresado a Chacabuco en 40 años. Luego de aterrizar en el aeropuerto de Cerro Moreno, y gracias a la buena voluntad de Hernán Contreras, también chacabucano, nos internamos por el desierto rumbo al an-

tiguo campamento.

Reingresé al campo tratando de reconstruir el camino efectuado hace años en un camión militar... con las manos en la nuca, la mirada baja y el corazón apretado por el incierto destino que nos esperaba. Ahora crucé la primera alambrada -ya inexistente-, esta vez en libertad y dueño de mis actos. Giré a la derecha, tratando de encontrar un punto de referencia importante: la plaza de los pimientos que el profesor Mario Céspedes regaba a diario con el esmero de un jardinero de vocación. Un duelo con el árido paisaje para mantener viva esa mancha de opaco verdor en el polvoriento lugar.

La plaza apareció ante mí con toda su humilde majestuosidad. Allí recibí las dos visitas de mi fiel compañera, Gilda, mientras estuve preso en Chacabuco. La plaza de los pimientos está frente al antiguo teatro de la oficina salitrera donde en alguna época -dicen- se interpretaban óperas con célebres cantantes europeos. Esta vez encontré la plaza llena de abrazos, risas y la emoción desbordante de los ex prisioneros, sus familias y amigos que llegaron a Chacabuco procedentes de todo Chile y del extranjero.

Seguí mi camino para reconstruir en la memoria los sitios que recorría hace cuatro décadas. Me habían dicho que el campo se encontraba tan destruido que sería muy difícil orientarse en los escombros. Pero luego de avanzar unos metros, dí con el emplazamiento de la reja que entonces cercaba el campo. Antes de traspasar, imaginariamente, el portón de ingreso con sus torres de vigilancia servidas por soldados con ametralladoras, ubiqué el lugar donde nos inyectaban la

vacuna que nos mantuvo semiatontados durante una semana. Ahora sí, ya estaba en el interior de lo que fue el campo de concentración de Chacabuco, entonces rodeado por una reja electrificada y un campo minado que de vez en cuando hacía volar, hechos pedazos, a los perros vagabundos del desierto que se aventuraban por esos terrenos.

En Chacabuco, conducidos por el Consejo de Ancianos, nuestra máxima autoridad -elegida entre los jefes de pabellones que a su vez eran elegidos por los jefes de casas-, transformamos la prisión en una trinchera de resistencia y dignidad que se regía por nuestros propios códigos, basados en la solidaridad y hermandad de los seres humanos⁽¹⁾.

Ante los ojos de mi memoria apareció la primera pulpería con que contamos en el campo -a cargo de Dante Sirandoni- que nos abastecía de cigarrillos y papas que el compañero pesaba en una antigua romana huesera. Doblando hacia la calle principal estaba el llamado "barrio cívico". Al frente la segunda pulpería creada con aportes de los prisioneros. Eso permitió que un camión nos trajera víveres desde el vecino pueblo de Baquedano. Nos abastecía de alimentos como azúcar, tallarines, café, té, chancho chino y -a veces- algunas frutas, así como barniz y pinceles para la artesanía en madera. Esa pulpería la atendían, por encargo del Consejo de Ancianos, Mario Aguiar Fernández, Domingo Chávez Navarro y Guillermo Orrego Valdebenito.

En la casa contigua vivían Hugo Salvatierra, encargado de la biblioteca, un dibujante técnico de apellido Muñoz que elaboraba los diplomas de reconocimiento que se entregaban a compañeros destacados en diversas labores, y otros compañeros.

Como Chacabuco era una verdadera ciudadela, contábamos con una gama de servicios creados por los prisioneros. Por ejemplo, una oficina de correos, cuyo encargado era el compañero Zahartu; un policlínico con numerosos médicos dirigido por el doctor Rolando Álvarez; una oficina de registro de los forzados habitantes de Chacabuco, a cargo del "Tata" Víctor Calvo, un coronel de ejército en retiro, tan prisionero como el resto; un departamento de bienestar social, a cargo de Atilio Gaete; la universidad popular con su rector, Patricio Corbalán Carrera; una suerte de Peña folclórica, La Chingana, donde al calor de papas fritas, sopaipillas y té, canturreábamos para distendernos. Pero lo más significativo era el *show* dominical, para el cual trabajaban decenas de compañeros durante la semana: cantantes, actores, directores, iluminadores, tramoyistas, etc., que ensayaban durante la semana para presentar un espectáculo que alcanzó alto nivel de calidad. La actividad cultural fue intensa en Chacabuco. Concursos de poesía y cuentos, con decenas de participantes. Exposiciones de artesanía en madera, fierro, huesos, alambre, etc. Un diario mural atendido por un grupo de periodistas profesionales.

Mi propósito mayor en el recorrido por Chacabuco era llegar a la casa en que habité: la N° 26 del Pabellón 5. Ninguna casa tenía agua potable ni alcantarillado. Nuestras necesidades las hacíamos colectivamente en unas letrinas abiertas, donde la fetidez competía con el mosquero. Al principio las letrinas estaban separadas una de otra por una plancha de madera terciada. Pero con el auge que tomaron los trabajos artesanales, esas planchas desaparecieron para convertirse en diversas expresiones del arte cautivo. Los baños entonces quedaron abiertos, sin ninguna privacidad y desafiando todo pudor.

Las piezas de mi antigua casa en Chacabuco me parecieron ahora tan pequeñas, que me impactaron. Recordaba que además de los tres camarotes por pieza, el "Tata" Sánchez, nuestro jefe de casa, había construido un clóset. Pese a la estrechez fui capaz de recordar nítidamente la distribución de los camarotes de tres pisos y sus ocupantes.

El periodista Alejandro Kirk, de HipanTV, canal iraní en español, me acompañó en este recorrido que iniciamos en la escotilla 7 del Estadio Nacional y que culminó en Chacabuco. En la antigua casa dejamos una ofrenda de rosas rojas a nombre de los sobrevivientes de la casa 26 del pabellón 5: Manuel Cabieses Donoso, Julio Vega País, Milton Lee Guerrero, Roberto Soto Pérez, José Urzúa Prieto, Domingo Chávez Navarro, el "Puntúo" Riquelme y quien escribe este relato. La ofrenda fue en honor de los compañeros que

ya murieron, como el "Tata" Jorge Sánchez, obrero de la construcción; Luis Alberto Corvalán Castillo, el inolvidable Coné; Marcelo Concha Bascañán, asesinado por la Dina. Y también en recuerdo de nuestros vecinos de entonces: el arquitecto Francisco Aedo, y Rabito, el técnico en radio, ambos asesinados después de salir en libertad de Chacabuco. También recordamos al compañero Oscar Vega, que no pudo soportar la prisión en el mismo lugar donde había trabajado como obrero del salitre, y se colgó de la viga en la que había sido su casa familiar.

En la cancha de fútbol, donde diariamente nos hacían formar para contarnos y nos hacían cantar la Canción Nacional, se realizó un homenaje a todos los compañeros que ya partieron de esta tierra. Especial mención se hizo a Marcelo Concha, Francisco Aedo y Elías Martínez.

Un momento de particular emoción lo protagonizaron los compañeros Esinaldo Sanhueza, Iván Salazar y Eduardo Godoy, que en el patio de la casa N° 7 del pabellón 23, desenterraron una botella que allí ocultaron en octubre de 1974 con un mensaje firmado por los partidos Comunista, Socialista, Mapu y MIR. Las palabras finales de ese mensaje, en hojas amarillentas, dice: "Compañeros, en sus mentes está presente la necesidad de la victoria inevitable. Necesitamos solo una victoria: la final".

Yo encaminé de nuevo mis pasos hacia la casa 26 del Pabe-

llón 5, esta vez a petición de María Victoria Corvalán y Mario Urzúa. Llevaban un ramo de flores para depositarlo en la casa en que habitó Luis Alberto Corvalán. Fue un momento muy emotivo cuando María Victoria depositó las rosas rojas en el lugar en que estuvo el camarote donde dormía su hermano, que más tarde murió en Bulgaria a consecuencia de las torturas con electricidad que le aplicaron en el Estadio Nacional. Después de ese momento de recogimiento y recuerdo nos dirigimos a la antigua puerta del campo, donde nos esperaban los buses que nos llevarían de regreso a Antofagasta. Respiramos hondo el aire de la libertad pensando en tantos compañeros admirables que conocimos en Chacabuco ●

GUILLERMO ORREGO VALDEBENITO⁽²⁾

Notas:

⁽¹⁾ El primer presidente del Consejo de Ancianos de Chacabuco fue el médico Mariano Requena. También presidieron el Consejo de Ancianos el periodista Manuel Cabieses, los ex diputados Patricio Hurtado y Vicente Sota; Sergio Astudillo, Patricio Castro, Hernán Miranda, Héctor Benavides, Francisco Díaz, Vicente Poblete, Dagoberto Reyes y Héctor Mellado.

⁽²⁾ El autor tenía 25 años cuando estuvo prisionero en el Campamento de Chacabuco. Militante de las Juventudes Comunistas, Orrego trabajaba como dibujante técnico en la compañía Standard Electric, filial de la PTT. Fue activo participante en los *shows* dominicales de Chacabuco. Su nombre artístico: Memo Bronson. Participó en la fundación de la Corporación Memoria Campo de Prisioneros Políticos de Chacabuco (chacabuco@gmail.com) y fue su primer presidente. El actual presidente es Gabriel Reyes Arriagada.

Volver...

Cada uno tiene sus propios "40 años" para conmemorar. Además del cuadragésimo aniversario del golpe de Estado y la muerte del presidente Allende, el 11 de septiembre de 1973 es el inicio del quiebre biográfico de miles de personas. Desde entonces, todos los días que siguieron bajo la represión constituyeron hitos colectivos memorables, pero también personales. Quiebres biográficos que tienen sus propias fechas y lugares de conmemoración. Y hay duelos inconclusos que han encontrado la oportunidad para realizarse, o al menos para construir y celebrar el rito donde compartir ese duelo que estaba pendiente. El hacer el duelo es un derecho que no todos/as han ejercido.

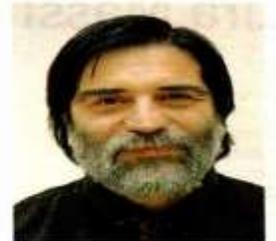
Personalmente "mis 40 años" los conmemoré en dos rituales personales y comunitarios: volvimos a Cienfuegos 15, la casona que fue sede de la Izquierda Cristiana hasta el golpe; y retornamos a Chacabuco, al desierto, donde estuvimos detenidos muchos de quienes habíamos estado en los primeros momentos en el Estadio Nacional u otros recintos. Somos, a fin de cuentas, los lugares por donde hemos pasado.

La hermosa casa de Cienfuegos 15, hoy de la Universidad Alberto Hurtado, fue sede de la Izquierda Cristiana en el par de años de legalidad que vivió ese partido. Suficientes para marcar mi adolescencia. Luego de renunciar a la Juventud DC deambulamos por un par de sindicatos hasta que ocupamos la casona. Todo lo que allí hacíamos tenía sentido. Los estudiantes secundarios éramos los más jóvenes entre los jóvenes. Y ese era nuestro domicilio desde donde partíamos a las asambleas, a los trabajos voluntarios, a pegar propaganda, a campamentos de educación política, a las marchas. Algunas veces nos quedamos a cuidar esa casa, pretendiendo parar a los asaltantes con un coligüe.

Muchos de nosotros no habíamos sido allendistas, habíamos estado con Tomic. Pero nuestro compromiso con la Izquierda fue genuino. Teníamos reticencias, intuiciones y críticas al sectarismo, que me siguen pareciendo acertadas. No confundo, sin embargo, la autocrítica con el arrepentimiento. Fue tan poco tiempo. Y siempre quise volver a Cienfuegos 15: recuperar, aunque sea por un momento, simbólica y afectivamente un lugar que "vivimos" y desde el cual fuimos expulsados hace 40 años. Hicimos el rito en septiembre para recordar y honrar un sueño personal y colectivo. Y valió la pena.

Volver a Chacabuco fue un proceso más largo, que exigió una organización ardua y la concurrencia de diversas solidaridades y convicciones, de personas, grupos artísticos e instituciones. Tuvimos una Corporación Memoria de ex Prisioneros Políticos -y un grupo de apoyo adherido a ella- que administró y llevó adelante la iniciativa. En la realización es significativo que nos hayan acompañado en este rito nuestros hijos e hijas, incluso nuestros nietos. A ellos y ellas, en nuestros descendientes y amigos/as, legamos una memoria que debe perdurar. Si teníamos la imagen de que nuestra memoria estaba enterrada o de que nuestras aspiraciones de justicia o nuestros ideales por una sociedad más igualitaria estaban enterrados, lo desmintió simbólica y materialmente un hallazgo que sucedió en este viaje a Chacabuco: un grupo de compañeros desenterró una botella que ocultaron hace 40 años. En ella guardaron un documento para ser leído en el futuro. El futuro es hoy y sigue siendo esperanzador.

Al volver a Chacabuco y ver nuevamente el pedazo de desierto que llamamos cancha, no pudimos dejar de recordar el recibimiento degradante que recibimos del capitán Minoletti, hoy un criminal prófugo. En ese mismo lugar recordamos a los ausentes y gritamos ¡presente! por los compañeros fallecidos. Y se descubrió una placa en homenaje a Oscar Vega, de cuyos restos se ignora el paradero. Después, en muchas conversaciones nos interrumpíamos para decir que se nos olvidó Fulanito. Que se nos quedó fuera del rito. La memoria se fue completando en las caminatas, buses, en el avión de regreso. Quedamos, creo, con calma interior y la única reivindicación de que se preserve la dignidad de nuestros recuerdos. Tanto de la memoria del horror, para que nunca más nuestro pueblo sufra el terrorismo de Estado; como la memoria de la fraternidad y la resistencia, por la cual sentimos legítimo orgullo ●



Jorge Montealegre I.

